

Prólogo

La chica abre los ojos en medio de una oscuridad tan intensa que parece que los tenga vendados. El aire es denso, estanco y húmedo, como si hiciera mucho que nadie lo respirara.

Sus demás sentidos se despiertan de golpe. El rezumante silencio, el frío, el olor. A moho y a otra cosa que aún no logra distinguir, algo animal y pestilente. Mueve los dedos y nota grava y humedad bajo los tejanos. Poco a poco empieza a recordar: cómo ha llegado ahí, por qué ha ocurrido esto.

¿Cómo ha podido ser tan tonta?

Sofoca una oleada ácida de pánico e intenta sentarse, pero el movimiento es demasiado para ella. Llena los pulmones de aire y lanza un grito que resuena contra las paredes. Grita y grita y grita hasta que le escuece la garganta.

Pero nadie viene. Porque nadie puede oírla.

Vuelve a cerrar los ojos y nota cómo unas cálidas lágrimas de rabia le ruedan por la cara. Está rígida por la indignación, por las recriminaciones que se hace, y es consciente de poco más hasta que, aterrorizada, percibe cómo el primer piecito de uñas afiladas empieza a desplazarse sobre su piel.

Alguien dijo, ¿no es cierto?, que abril es el mes más cruel. Bien, quienquiera que fuera, no era detective. La crueldad puede sobrevenir en cualquier momento; lo sé porque lo he visto. Pero de algún modo, el frío y la oscuridad suavizan su filo. La luz del sol y el canto de los pájaros y el azul del cielo pueden resultar brutales en este trabajo. Tal vez se deba al contraste que generan. Muerte y esperanza.

Esta historia comienza con esperanza. Uno de mayo: el primer día de primavera, de la primavera de verdad. Y quien haya estado alguna vez en Oxford lo sabrá. Aquí las cosas son o todo o nada: cuando llueve la piedra adquiere un color a meado, pero bajo la luz del sol, cuando las facultades parecen haber sido talladas con nubes, no hay un lugar más hermoso en la tierra. Y eso que yo tan solo soy un poli viejo y cínico.

En cuanto a la celebración de la Mañana de Mayo... bien, es cuando la ciudad es más ella misma, de un modo excéntrico y desafiante. Lo pagano y lo cristiano se mezclan con algo de locura, y en muchos momentos resulta difícil determinar qué es qué. Los chicos del coro cantan bajo el sol en lo alto de una torre. Las bandas de zanfoña animan el ambiente en las caravanas de

hamburguesas abiertas toda la noche. Los *pubs* abren a las seis de la mañana y la mitad de la población estudiantil aún sigue borracha de la noche anterior. Hasta los ciudadanos sobrios del norte de Oxford se presentan *en masse* con flores en el pelo (aunque parezca una broma, no lo es). El año pasado había allí unas veinticinco mil personas. Una de ellas era un tipo vestido de árbol. No resulta difícil hacerse una idea del ambiente.

Así que, de una manera u otra, es un día señalado en el calendario policial. Pero es un chollo para los agentes uniformados, no una piedra en el zapato. El hecho de que la jornada comience tan temprano puede resultar criminal, pero por lo general no suele haber problemas, y nos agasajan con café y bocadillos de beicon. O al menos así fue la última vez que estuve allí. Pero eso era cuando aún llevaba uniforme. Antes de convertirme en detective, antes de llegar a ser inspector.

En cambio, este año es distinto. Este año, lo que resulta criminal no es tan solo que comience tan pronto.

* * *

Mark Sexton llega a la casa casi una hora tarde. A esa hora de la mañana, las carreteras deberían haber estado despejadas, pero en la M-40 había un gran atasco que llegaba hasta Banbury Road. Y cuando Sexton gira por Frampton Road se encuentra un camión de construcción que le barra el paso. Sexton suelta una maldición, pone la marcha atrás en el Cayenne y retrocede haciendo chirriar las ruedas. Luego abre la puerta y baja a la calzada, y por muy poco no pisa un vómito que hay sobre

el asfalto. Mira hacia el suelo con disgusto y comprueba sus zapatos. ¿Qué le pasa a esta condenada ciudad esta mañana? Cierra el coche con llave, sube por el camino hasta la entrada de la casa y se mete las manos en los bolsillos buscando las llaves. Por lo menos ya han quitado los andamios. La venta ha tardado en materializarse mucho más de lo esperado, pero para Navidades debería estar todo acabado, si tienen suerte. Perdió una subasta para hacerse con una vivienda en el extremo más alejado de Woodstock Road y tuvo que subir la oferta para conseguir esta, pero para cuando haya acabado, será una puñetera mina de oro. Puede que el resto del mercado inmobiliario esté haciendo aguas, pero en lo que respecta a los chinos y los rusos, en esta ciudad los precios parecen no bajar nunca. A solo una hora de Londres y con una escuela privada de élite para los niños a tan solo tres calles. A su mujer no le gustaba la idea de una vivienda semiadosada, pero él le dijo que le echara un vistazo: es increíblemente grande. Una casa victoriana auténtica, con cuatro pisos y un sótano que él tiene pensado reformar para transformarlo en una bodega de vinos con todos los lujos y una sala de cine casera (aunque a su mujer todavía no se lo ha contado). Y en la casa de al lado solo vive un viejo bobo que a estas alturas ya no dará muchas fiestas nocturnas, ¿no? Y sí, su jardín está un poco descuidado, pero siempre pueden poner un enrejado. El diseñador de jardines les habló de una especie de seto hecho con árboles. Mil libras cada uno, pero lo cubren todo al instante. Aunque ni siquiera eso resolverá el problema de la parte delantera. Echa un vistazo al Cortina que se oxida sostenido sobre ladrillos delante del

número 33 y las tres bicicletas encadenadas a un árbol, el montón de palés podridos y las bolsas de plástico negro de las que caen latas de cerveza vacías sobre la acera. Ya estaban ahí la última vez que vino, hace dos semanas. Le pasó una nota al viejo por debajo de la puerta en la que le pedía que las retirara. Es evidente que no lo ha hecho.

La puerta se abre. Es Tim Knight, su arquitecto, con un rollo de planos en la mano. Sonríe de oreja a oreja y le indica por señas a su cliente que pase.

—Señor Sexton, me alegro de volver a verlo. Creo que le van a encantar los progresos que hemos hecho.

—Más le vale —dice Sexton con marcada ironía—. Esta mañana no puede ir a peor.

—Empecemos por el ático.

Los dos hombres suben por la escalera mientras sus pasos retumban sobre la madera desnuda. Arriba, la radio local suena a todo trapo y hay operarios en casi todas las habitaciones. Dos yeseros en el ático, un fontanero en el baño del dormitorio principal y un especialista en restauración de ventanas que está ocupado con los marcos. Uno o dos de los trabajadores lanzan una mirada a Sexton pero él no establece contacto visual con ellos. Ha sacado la *tablet* y está anotando todas y cada una de las tareas que se han realizado y preguntando respecto a la mayoría.

Terminan en la ampliación de la parte trasera, donde han derribado el viejo cobertizo de ladrillo y están construyendo un inmenso espacio de cristal y metal de doble altura. Más allá de los árboles que bajan por la pendiente del fondo del jardín se ve la elegancia georgiana de Crescent Square. Ojalá Sexton hubiera podido

permitirse una de esas casas, pero bueno, el mercado ha subido un cinco por ciento desde que compró la suya, así que no se queja. Le pide al arquitecto que revisen juntos los planos para la cocina («Madre mía, sesenta mil libras no dan para mucho, ¿eh? Ni siquiera incluyen un puñetero lavavajillas»), y luego se da la vuelta y busca la puerta de la escalera del sótano.

Knight adopta una expresión de cierto desasosiego.

–Oh, ahora iba con eso. Ha habido algunos problemillas con el sótano.

Sexton entorna los ojos.

–¿A qué se refiere con «problemillas»?

–Trevor me llamó ayer. Por lo visto se han topado con ciertas dificultades en la pared medianera. Es posible que necesitemos un acuerdo legal antes de poder solucionarlo; cualquier cosa que hagamos afectará al vecino de al lado.

Sexton hace una mueca.

–Por el amor de Dios, no nos podemos permitir que los malditos abogados se metan en esto. ¿Qué clase de problemas son?

–Empezaron a sacar el yeso para poder tirar el nuevo cableado, pero parte de la mampostería estaba en bastante mal estado. Dios sabe cuánto hacía que la señora Pardew no bajaba ahí.

–Vieja bruja –masculla Sexton, comentario que Knight prefiere ignorar. Este trabajo es muy lucrativo.

–En fin –dice–, me temo que uno de los chavales tardó demasiado en darse cuenta de a qué nos enfrenábamos. Aunque no hay de qué preocuparse, mañana vendrá el ingeniero de estructuras...

Pero Sexton ya pasa a su lado.

–Joder, quiero verlo con mis propios ojos.

La bombilla de la escalera parpadea lúgubrementemente mientras los dos hombres bajan. Todo el lugar apesta a humedad.

–Tenga cuidado por dónde pisa –lo advierte Knight–. Algunos de los peldaños no son seguros. Podría romperse el cuello aquí abajo en medio de la oscuridad.

–¿Tiene una linterna? –le grita Sexton, que se ha adelantado unos metros–. No veo una puñetera mierda.

Knight le tiende una y Sexton la enciende. Enseguida se da cuenta de cuál es el problema. La pintura se ha levantado en lo que queda del viejo yeso amarilleado y, debajo, la mayoría de los ladrillos se están desmenuzando debido a un moho seco y gris. Hay una grieta del tamaño de su dedo que va del suelo al techo y que antes no estaba ahí.

–Dios, ¿vamos a tener que apuntalar toda la puñetera casa? ¿Cómo es posible que al perito se le pasara por alto?

Knight adopta un aire de disculpa.

–La señora Pardew tenía aparatos a lo largo de toda esa pared. Al perito le habría resultado imposible comprobar lo que había detrás.

–Y más concretamente, ¿cómo es que nadie supervisaba al gilipollas ese que se ha dedicado a sacar trozos de mi puta pared?...

Coge una de las herramientas de construcción del suelo y se pone a golpear los ladrillos. El arquitecto retrocede.

–En serio, yo no haría eso...

Un ladrillo se cae y luego otro, y a continuación un trozo entero de la mampostería se desliza y cae a sus pies levantando una nube de polvo. Esta vez los zapatos de Sexton no se libran del estropicio, aunque él ni se da cuenta. Está mirando el muro con la boca abierta.

Hay un agujero de unos cinco centímetros de ancho.

Y en el resplandor de detrás, se ve una cara.

* * *

En la comisaría de Saint Aldate's, el subinspector Gareth Quinn se está tomando el segundo café y la tercera ración de tostadas, con su cara corbata echada hacia atrás por encima del hombro para que no se manche con las migas. La cara corbata que va a juego con el traje caro y el aura general de ser demasiado elegante para lo que uno espera de un poli normal y corriente. Elegante y listo, para ser exactos. El resto de la oficina de la Unidad de Investigaciones Criminales está medio vacía: hasta ahora solo han llegado Chris Gislingham y Verity Everett. En este momento, el equipo no tiene entre manos ningún caso importante y el inspector Fawley estará fuera todo el día en una conferencia, así que pueden darse el lujo de comenzar tarde la jornada y dedicarse después a la siempre atractiva tarea de ponerse al día con el papeleo.

Por un momento, unas motas de polvo brillan en el sol que se cuela por las persianas, se oye el ruido que hace Quinn al pasar las páginas del periódico y flota en el aire el olor a café. Y entonces suena el teléfono. Son las 9:17.

Quinn lo coge.

–Unidad de Investigaciones Criminales –dice, y luego suelta–: Mierda. ¿Estás seguro?

Gislingham y Everett alzan la vista. Gislingham, a quien todo el mundo describe con palabras como «robusto» y «sólido», y no solo por el flotador que le está saliendo alrededor de la barriga. Gislingham, quien, a diferencia de Quinn, no ha llegado a ser subinspector ni llegará a serlo jamás, teniendo en cuenta su edad. Aunque no hay que juzgarlo por eso. Todo equipo de investigaciones criminales necesita un Gislingham y, si uno se estuviera ahogando, él sería la persona a quien querría al otro extremo de la cuerda. En cuanto a Everett, es otra persona a la que más vale no juzgar por las apariencias: puede que tenga el aspecto que habría tenido Miss Marple a los treinta y cinco años, pero es igual de implacable que esta. O como dice siempre Gislingham, sin duda Ev fue una detective privada en otra vida.

Quinn sigue hablando por teléfono:

–Vale. No, ya nos encargamos. Dile a los agentes uniformados que se reúnan con nosotros allí y asegúrate de que traigan por lo menos a una mujer.

Gislingham ya está cogiendo la chaqueta. Quinn cuelga el teléfono y le da un último mordisco a la tostada mientras se pone en pie.

–Era de la centralita. Alguien ha llamado desde Frampton Road: dicen que hay una niña en el sótano de la casa de al lado.

–¿En el sótano? –pregunta Everett con los ojos abiertos de par en par.

–Alguien ha atravesado la pared de un golpe por error. Por lo visto, en la casa vive un viejo. Pero no pueden levantarlo.

–Mierda.

–Ya. Así de mal pinta.

Cuando se paran delante de la casa, un grupo de personas ya se ha arremolinado enfrente. Es evidente que algunos de ellos son operarios de la casa del número 31, que aprovechan cualquier ocasión para dejar de trabajar sin tener que tragarse la mierda de Sexton; seguramente otros sean vecinos, y también hay un grupito de fiesteros con flores en el sombrero y latas de cerveza en la mano, que desde luego no tienen muy buen aspecto. La vaca de plástico a tamaño real que han colocado sobre el bordillo, envuelta en un mantel de flores y con narcisos alrededor de los cuernos, no ayuda en nada a relajar la leve atmósfera de surrealismo. Un par de bailarines de Morris se han lanzado con una actuación improvisada sobre la acera.

–Vaya –dice Gislingham mientras Quinn apaga el motor–. ¿Crees que podemos detenerlos por aparcar esa cosa sin permiso?

Salen del coche y atraviesan la calle, al mismo tiempo que dos coches patrulla se acercan por el otro extremo. Una de las mujeres del grupo lanza un silbido de admiración a Quinn y se echa a reír sin control cuando él se da la vuelta para mirarla. Tres agentes uniformados salen de los coches y se reúnen con ellos. Uno lleva un ariete; la otra es Erica Somer. Gislingham capta una mirada entre Quinn y Erica, y percibe la expresión

sonriente en los ojos de ella al darse cuenta de que él se siente incómodo. «Así que es verdad», piensa. Hace tiempo que sospecha que tal vez haya algo entre ellos. Como le contó a Janet la otra noche, los ha pillado juntos en la máquina de café demasiadas veces para que sea una coincidencia. Aunque entiende a Quinn: Erica es un bombón, incluso con el uniforme y los zapatos oficiales. Gislingham solo desea que ella no espere demasiado: si Quinn fuera un perro, nadie lo llamaría *Fido*.

—¿Sabemos cómo se llama el viejo que vive aquí?
—pregunta Quinn.

—Es un tal William Harper, subinspector —contesta Somer—. Hemos llamado a una ambulancia por si de verdad hay una chica dentro.

—Sé muy bien lo que he visto, maldita sea.

Quinn se vuelve y ve a un hombre con la clase de traje que Quinn se compraría si tuviera dinero. Entallado, de seda y con un resplandeciente forro satinado de color burdeos. Completa el conjunto una camisa a cuadros lila y una corbata con topos rosas. Todo en él hace pensar en la City. Además de que parece muy enfadado.

—Oigan —dice el hombre—, ¿cuánto van a tardar? Tengo una reunión con mi abogado a las tres y si al volver el tráfico está tan terrible como...

—Disculpe, señor, ¿usted es...?

—Mark Sexton. La casa de al lado... es mía.

—Entonces, ¿es usted quien nos ha llamado?

—Sí, he sido yo. Estaba en el sótano con mi arquitecto y una parte del muro ha cedido. Ahí dentro hay

una chica. Sé lo que he visto y, a diferencia de todo este gentío, no voy como una cuba. Pregunten a Knight; él también lo ha visto.

–Muy bien –dice Quinn, y hace un gesto hacia el agente que lleva el ariete para que se acerque a la puerta–. Vamos a proceder. Y controlad también a toda esa gente que hay en la acera, ¿queréis? Esto parece una escena salida de la peli *El hombre de mimbre*.

Mientras Quinn se aleja, Sexton lo llama:

–Eh, y ¿qué pasa con mis operarios, joder? ¿Cuándo podrán volver a entrar?

Quinn lo ignora pero Gislingham le da un golpecito en el hombro al pasar por su lado.

–Lo siento, colega –le dice en tono animado–, esa reforma tan elegante tendrá que esperar.

En el escalón de la entrada, Quinn llama a la puerta.

–¡Señor Harper! Policía de Thames Valley. Si está dentro, por favor, abra la puerta, o nos veremos obligados a echarla abajo.

Silencio.

–De acuerdo –dice Quinn, y le hace un gesto al agente uniformado–. Adelante.

La puerta es más sólida de lo que parece, teniendo en cuenta el estado del resto de la casa, aunque las bisagras saltan al tercer golpe. Entre la multitud, un borrachuzo lanza un grito de ánimo; el resto empuja hacia delante en un esfuerzo por ver algo.

Quinn y Gislingham entran y cierran la puerta a su espalda.

Dentro de la casa reina la quietud. Aún pueden oír las campanas de los que bailan la danza Morris y el

zumbido de las moscas en algún lugar del aire enrarecido. Es evidente que el lugar lleva años sin decorarse; el papel se desprende de las paredes y los techos están combados y llenos de manchas marrones. Hay periódicos desperdigados por el suelo.

Quinn avanza lentamente hacia el pasillo mientras los viejos tablones de madera chirrían y el papel cruje bajo sus zapatos.

—¿Hay alguien? ¿Señor Harper? Es la policía.

Y entonces lo oye. Un gimoteo. Cerca. Se queda un momento quieto, intentando averiguar de dónde procede, y luego echa a correr y abre de par en par la puerta que se encuentra bajo la escalera.

Ve a un anciano sentado en el váter vestido solo con una camiseta interior. Mechones de pelo negro y áspero se le pegan al cráneo y los hombros. Tiene los calzoncillos alrededor de los tobillos; el pene y los testículos le cuelgan sin fuerza entre las piernas. El hombre se cubre y se aparta de Quinn sin dejar de mascullar, con los huesudos dedos agarrados al asiento del váter. Está mugriento, y hay mierda en el suelo.

Alguien llama desde la puerta de entrada.

—¿Subinspector Quinn? Los médicos han llegado, por si los necesita.

—¡Gracias a Dios! Hágalos pasar, por favor.

Somer se aparta para dejar que dos hombres de uniforme verde crucen la puerta. Uno de ellos se agacha delante del anciano.

—¿Señor Harper? No se ponga nervioso. Deje que le eche un vistazo.

Quinn le hace un gesto a Gislingham y ambos re-

troceden hasta la cocina. Gislingham silba en cuanto abren la puerta.

—Que alguien llame a los del Victoria and Albert.

Un viejo fogón de gas, baldosas marrones y naranjas de los años setenta, un fregadero de metal. Una mesa de formica con cuatro sillas desaparejadas. Y todas las superficies están abarrotadas de platos sucios amontonados y botellas de cerveza vacías y latas medio llenas de comida cubiertas de moscas. Todas las ventanas están cerradas y el suelo de linóleo se les pega a las suelas. Hay una puerta de cristal con una cortina de cuentas que da a un invernadero y otra que debe de llevar al sótano. Está cerrada con llave pero hay un llavero colgado de un clavo. Gislingham sujeta las llaves con dedos temblorosos y al tercer intento da con la que encaja en la cerradura, y aunque está oxidada, gira sin atascarse. Abre la puerta y enciende la luz y luego se hace a un lado para dejar que Quinn pase primero. Ambos bajan lentamente, peldaño a peldaño, mientras el fluorescente zumba sobre sus cabezas.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí abajo?

La luz es mortecina pero suficiente para ver. El sótano está vacío. Cajas de cartón, bolsas de basura negras, un viejo pie de lámpara, una bañera metálica llena de trastos. Pero aparte de eso, nada.

Se quedan ahí de pie mirándose el uno al otro; el corazón les late a ambos con tal fuerza que apenas pueden oír nada.

—¿Qué ha sido eso? —susurra entonces Gislingham—. Parece como si alguien rascara. ¿Ratas?

Quinn se sobresalta involuntariamente al tiempo

que escudriña el suelo a sus pies; si hay algo que no soporta, son las malditas ratas.

Gislingham vuelve a echar un vistazo alrededor mientras los ojos se le acostumbran a la penumbra; ojalá hubiera cogido la linterna del coche.

—¿Qué es eso de ahí?

Se abre camino entre las cajas y de golpe se da cuenta de que el sótano es mucho más grande de lo que creían.

—Quinn, ahí hay otra puerta. ¿Me echas una mano?

Intenta abrirla pero la puerta no se mueve. Hay un pestillo en lo alto y al final Quinn consigue abrirlo, pero la condenada puerta sigue sin ceder.

—Debe de estar cerrada —deduce Gislingham—. ¿Llevas las llaves encima?

Sin apenas luz resulta más difícil encontrar la que encaja, pero aun así lo consiguen. Luego empujan con los hombros y poco a poco la puerta se desplaza hacia delante hasta que una ráfaga de aire fétido les da en la cara y ambos tienen que taparse la boca con la mano para protegerse del hedor.

Hay una joven tendida en el suelo de cemento, a sus pies, vestida con unos tejanos desgarrados en las rodillas y una chaqueta de punto harapienta que en su momento seguramente fuera amarilla. Tiene la boca abierta y los ojos cerrados. Su tez resplandece en un tono blanco mortal bajo el leve resplandor de la luz.

Pero hay algo más. Algo para lo que no están preparados.

Sentado a su lado, tirándole del pelo.

Un niño.

* * *

Y ¿dónde estaba yo mientras todo esto pasaba? Me encantaría decir que se trataba de algo esencial e impactante como el enlace de las Fuerzas Especiales o antiterrorismo, pero la triste verdad era que me encontraba en un curso de formación en Warwick. «Policía comunitaria en el siglo XXI». Los inspectores y sus superiores, qué suerte la nuestra. Con la muerte a través del PowerPoint, y teniendo en cuenta lo pronto que había empezado la jornada, comenzaba a pensar que los agentes uniformados del turno de la Mañana de Mayo sin duda se llevaban la mejor parte. Pero entonces recibí la llamada. Seguida de inmediato por el ceño fruncido y la expresión de exasperación de la oficiosa organizadora del curso, que había insistido en que apagáramos los teléfonos, y un sonoro suspiro cuando salí al pasillo. Seguro que cree que nunca volveré.

—Han llevado a la chica al John Rad —dice Quinn—. Está bastante mal; es evidente que lleva tiempo sin comer y sufre una grave deshidratación. Había una botella de agua en la habitación, pero sospecho que le ha dado la mayor parte al niño. Los médicos nos dirán más después de hacer un reconocimiento en condiciones.

—¿Y el niño?

—Aún no ha hablado. Claro que no tendrá más de dos años, así que, ¿qué podría decirnos? El pobre chaval no nos deja acercarnos ni a Gis ni a mí, así que Sommer ha ido en la ambulancia. Hemos detenido a Harper en el lugar de los hechos, pero al tratar de sacarlo de la casa se ha puesto a dar patadas y golpes. Diría que tiene alzhéimer.

–Oye, ya sé que no tengo ni que decirlo, pero si Harper es un adulto vulnerable tenemos que seguir el procedimiento al pie de la letra.

–Lo sé, y nos hemos encargado de ello. He llamado a los de Servicios Sociales. Y no solo por él. El niño también va a necesitar ayuda.

Se hace el silencio y me imagino que los dos estamos pensando lo mismo: es más que posible que se trate de un niño que no ha conocido otra cosa, que nació ahí abajo. En la oscuridad.

–Vale –digo–. Me voy ya. Estaré ahí a mediodía.

BBC Midlands Today

Lunes, 1 de mayo de 2017 / Última actualización a las 11:21

ÚLTIMA HORA: Una joven y un niño encontrados en un sótano en North Oxford.

Nos han llegado informaciones acerca del hallazgo de una joven y un niño pequeño, que se cree que es su hijo, en el sótano de una casa en Frampton Road, en North Oxford. En la casa de al lado se están haciendo reformas, lo cual llevó esta mañana al hallazgo de la chica, que por lo que parece estaba encerrada en el sótano. Por el momento se desconoce su nombre, y la policía de Thames Valley aún no ha emitido un comunicado de prensa.

Les seguiremos informando en cuanto sepamos más.

* * *

11:27 de la mañana. En la sala de vigilancia de la comisaría de Kidlington, Gislingham observa a Harper a través de la cámara de vídeo. El hombre lleva ahora una camisa y pantalones, y está sentado encorvado en el sofá. A su lado, en una silla dura, se encuentra el asistente social, que pone todo su esfuerzo en hablar con él mientras una mujer del Departamento de Salud Mental los contempla desde un par de metros de distancia. A Harper se lo ve inquieto: se remueve en la silla, agita una pierna, pero aun sin sonido se ve que su discurso es coherente. Al menos por ahora. Mira con irritación al asistente social y rechaza con un gesto de la mano lo que este le dice al tiempo que arruga la nariz.

La puerta se abre y Gislingham se vuelve a mirar a Quinn, que entra, lanza un expediente sobre la mesa y se apoya en el escritorio.

—Everett ha ido directa al hospital, así que tomará declaración a la chica en cuanto nos dejen hablar con ella. Eric... —se pone rojo—. La agente Somer ha vuelto a Frampton Road para coordinar las entrevistas puerta a puerta. Y Challow ha entrado en la casa con los de la científica.

Anota algo en el expediente y luego se coloca el boli detrás de la oreja. Como hace siempre. A continuación señala la pantalla con la cabeza.

—¿Hemos sacado algo?

Gislingham niega con la cabeza.

—El asistente social lleva ahí dentro media hora. Se llama Ross, Derek Ross. Estoy seguro de que nos hemos visto antes. ¿Se sabe cuándo volverá Fawley?

Quinn consulta su reloj de pulsera.

—Alrededor de las doce. Pero ha dicho que empezemos ya, si a la doctora y a los de Servicios Sociales les parece bien. También hay una abogada que viene de camino. El asistente social se cubre las espaldas, aunque no me extraña.

—Veo que toman todas las preocupaciones —dice Gislingham con tono indiferente—. Pero ¿están seguros de que se encuentra en condiciones de ser interrogado?

—Por lo visto tiene momentos de lucidez durante los cuales podemos hacerle preguntas, aunque si se le empieza a ir la olla tendremos que parar.

Gislingham contempla la pantalla durante un instante. De la barbilla del hombre cuelga un hilillo de baba; lleva ahí por los menos diez minutos pero el anciano no se lo ha secado.

—¿Crees que lo hizo él? ¿O siquiera si estaba al corriente?

Quinn adopta una expresión adusta.

—Si de verdad el niño nació allí abajo, entonces sí, sin duda. Sé que en este momento Harper tiene un aspecto patético, pero ¿hace dos o tres años? Puede que fuera completamente distinto. Y fue ese hombre el que cometió el delito, no el pobre viejo que vemos ahora.

Gislingham nota un escalofrío, aunque en la habitación hace un calor sofocante, y Quinn le lanza una mirada.

—¿Qué, se te han puesto los pelos de punta?

—Solo pensaba que el tipo no acabó así de un día para otro, ¿no? Debió de tardar meses, incluso años. Y ella no se habría enterado. De que se le estaba yendo la olla, quiero decir. Estaba atrapada ahí abajo, oculta a

la vista... Apuesto a que él comenzó a olvidarse de que ella se encontraba allí. La comida comienza a acabarse, luego el agua; ella ha de pensar en el niño... y aunque grite, el viejo no puede oírlo...

Quinn meneaba la cabeza.

—Madre mía. Hemos llegado justo a tiempo.

En la pantalla, Derek Ross se pone en pie y se desplaza fuera del plano. Un momento después la puerta se abre y aparece.

Gislingham se levanta.

—Así pues, ¿usted es su asistente social?

Ross asiente.

—Desde hace un par de años más o menos.

—Entonces, ¿sabía lo de la demencia?

—Se la diagnosticaron hace unos meses, aunque sospecho que la cosa viene de mucho más atrás. Pero usted sabe tan bien como yo lo impredecible que es esto: tan pronto mejora como empeora. Últimamente empezaba a preocuparme que se estuviera acelerando. Se ha caído varias veces y hace un año o así se quemó con el fogón.

—Y también bebe, ¿verdad? Si estás cerca, se nota el olor.

Ross inspira hondo.

—Sí. Eso se ha convertido en un problema. Sin embargo, me cuesta creer que pudiera hacer algo así... algo tan horrible...

Quinn no está convencido.

—Ninguno de nosotros sabemos de lo que somos capaces.

—Pero en el estado en que se encuentra...

–Mire –dice Quinn, adoptando un tono más severo–, la doctora comenta que podemos interrogarlo, y quién va a saberlo mejor que ella. En cuanto a presentar cargos, bueno, ese es otro tema, y si llegamos a esa fase, la fiscalía de la Corona podrá presentar sus alegaciones. Pero había una chica y un niño encerrados en ese sótano, y *tenemos* que averiguar cómo llegaron allí. ¿Lo entiende, verdad, señor Ross?

Ross vacila y luego asiente.

–¿Puedo estar presente? Él me conoce, así que quizá les sea de ayuda. A veces puede ser un poco... difícil. Enseguida se darán cuenta.

–De acuerdo –dice Quinn, y recoge sus papeles.

Los tres hombres se dirigen hacia la puerta, pero Ross se para de golpe y pone una mano sobre el brazo de Quinn.

–No sea muy duro con él, ¿vale?

Quinn lo mira y arquea una ceja.

–Igual que él con la chica, ¿no?

* * *